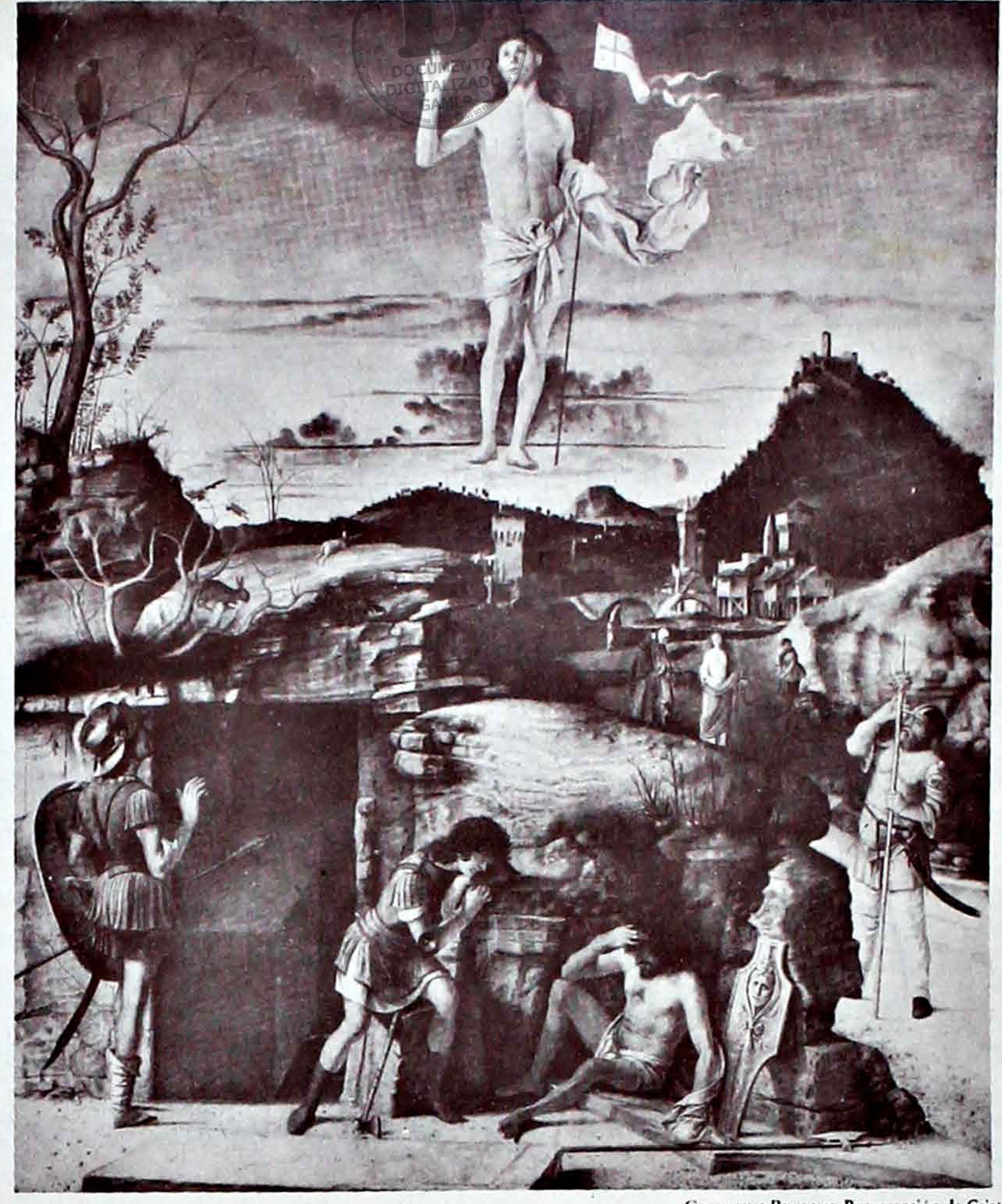
RESURRECCION DE JESUCRISTO

La Resurrección es el argumento más poderoso para convencernos de la divinidad de Jesucristo. De la Resurrección, en efecto, dependen todas las demás pruebas de esta divinidad. Siempre que los judíes le pedían a Jesús esas pruebas, dejando él aparte todos los demás milagros, se refería solamente a su futura Resurrección. Si no era él Dios, la Resurrección sería utópica del todo. Si Cristo no fuera Dios, no podía esperarse del Altísimo este milagro que hubiera sancionado el embuste o el error. Y si la Resurrección no se hubiera verificado, Jesucristo habría desvirtuado con sus propias palabras la virtud coercitiva de los milagros, quedando así reducida a pura fábula el Cristianismo. Por eso afirma San Pablo: "Mas si Cristo no resucitó, luego vana es nuestra predicación y vana es también nuestra fe". Pero, habiendo realmente resucitado, su Padre celestial imprimióle el sello de la veracidad, y desde ese momento, todo el que tenga ojos para ver tendrá que decir y confesar que Jesús, el que murió en la cruz y resucitó gloriosamente, es el Mesías, el enviado de Dios, y que sus palabras son verdaderas, y verdadero lo que dijo: "Mi Padre y yo somos una misma cosa".

La Resurrección, por sí sola, aun sin relacionarla con la misión de Cristo, prueba su divinidad de modo cabal e incontrovertible. No es sólo uno de tantos milagros, sino el mayor de todos. La Resurrección de Jesucristo es, por su naturaleza, la prueba más convincente y por consiguiente la principal demostración de su divinidad.

Añádase a esto que es el más indudable y auténtico de todos los milagros, debido a una circunstancia: al odio que los escribas y fariseos profesaban a Cristo, odio que los impulsó a tomar una medida tal que no sólo revela el concepto que los enemigos implacables de Jesucristo tenían formado acerca de una posible resurrección. Tuvieron sumo empeño en poner centinelas al sepulcro. Esto lo hicieron, según lo declararon ante Pilatos, para que el último embuste no fuera peor que el primero, en caso de que los discípulos, consiguieran retirar el cadáver de Cristo y quisiera persuadir al pueblo de que Cristo había resucitado, haciéndolo así pasar por Mesías y por Hijo de Dios. He aquí cómo esta medida demuestra el valor que los fariseos atribuían a la resurrección, si en realidad llegara a realizarse.

La Resurrección de Cristo es sin duda el elemento que ha contribuído más que ningún otro milagro a la propagación de la fe en la divinidad de Jesucristo, fundamento del Cristianismo: Fe en la resurrección, tan propalada por los apóstoles que constituía casi el único objeto de sus predicaciones. "Los Apóstoles con gran valor daban testimonio de la Resurrección de Jesucristo" (Hechos, 4, 33). Nadie como lo afirma San Lucas, podía resistir la fuerza de este testimonio, así que los judíos y los paganos se convertían y el número de cristianos aumentaba de día en día.



Giovanni Bellini Resurrección de Cristo.

EL HOMBRE ACTUAL ANTE LA CRUCIFIXION Y LA RESURRECCION

Por
JUAN CAMACHO FERNANDEZ, Pbro.

El hombre actual cada vez da menor papel en su mente a las imágenes que representen algo real y humano y que al mismo tiempo tengan un simbolismo de referencia a un valor universal, de trascendencia moral o religiosa. Nuestro mundo se vuelve un cosmos de signos abstractos: estímulos convencionales ante los cuales reaccionamos como "robots". Vemos un disco rojo: nos paramos; unas franjas de colores en una bandera o en una camiseta deportiva: nos ponemos a favor o en contra. Se diría que la mente actual no toma en serio ya las formas reales, naturales, desdeñándolas como casuales y azarosas, incapaces de significar nada importante para todos.

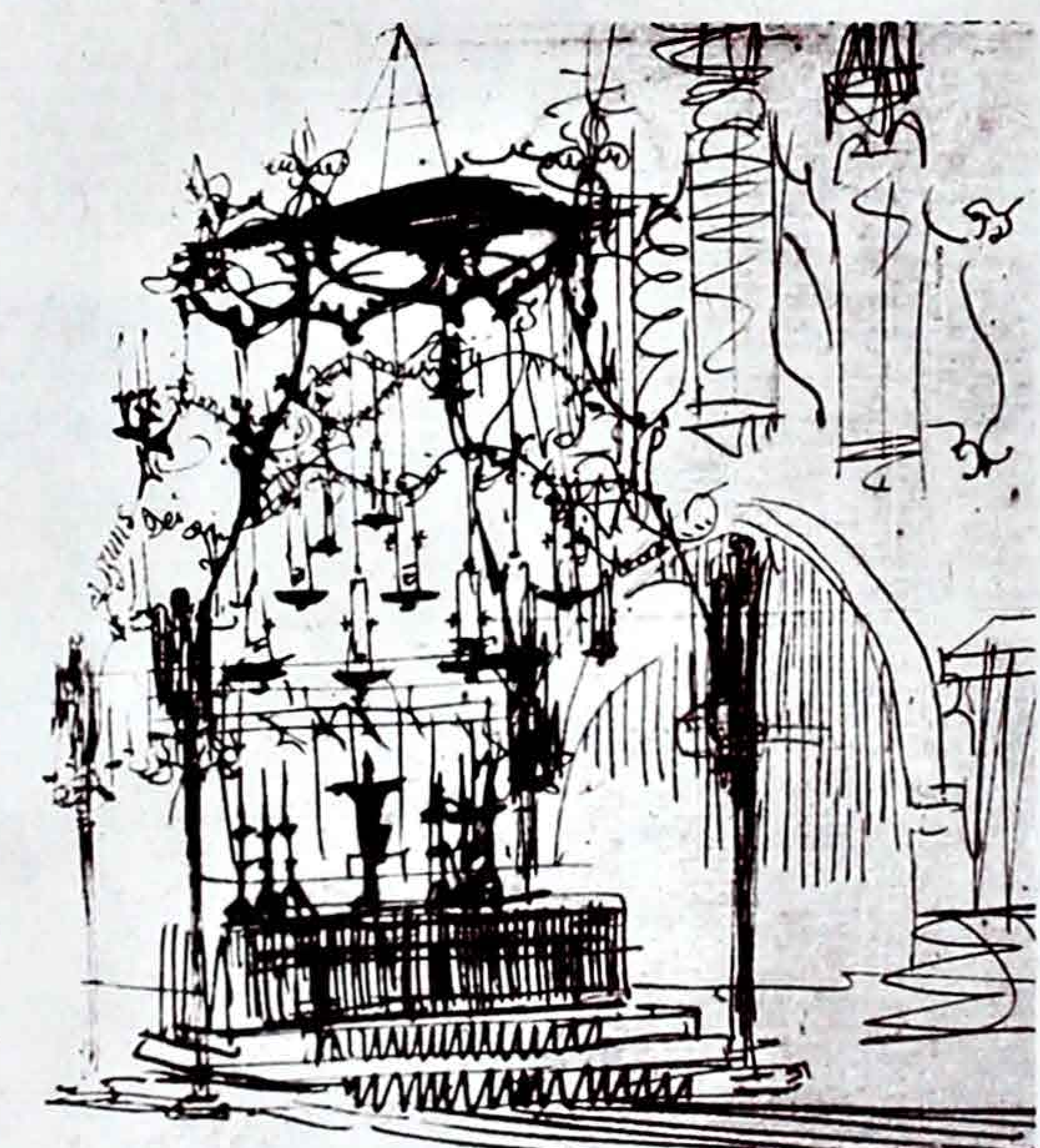
Esta situación condiciona la vida del Cristianismo actual, si es, en efecto, "actual": las imágenes cuentan cada vez menos para él, en su rezo y en su fe. Puede haber excelentes iglesias "funcionales"; difícilmente habrá imágenes de la Virgen en un estilo de hoy. Porque la sensibilidad plástica actual goza los objetos visibles por sí mismos, no por su "contenido" general. Observemos el estilo de rezar de la gente joven, por contraste: la clásica "beata" alternaba las tiernas miradas a "su" Virgen predilecta en "su" rincón de iglesia con el "mirar hacia dentro", cerrando los ojos, al acecho de alguna iluminación baratamente mística. El católico jóven, en cambio, sigue atentamente el sacrificio, lee su misal y gusta de contestar en voz alta con todos; raramente se queda absorto en una imagen, y si cierra los ojos es para acentuar su rezo o para quedarse sencillamente presente ante Dios, no en expectación de "visiones". No espera nada de su propio interior y tampoco de una "composición de lugar" imaginativa. Al rezar, mira lo que tenga delante: Si no hay acto litúrgico, tampoco busca paisajes o belleza sublimadoras.

Sin embargo, entre esta "crisis de la imagen", cada vez descuella más el crucifijo. La "nueva generación" pone en casa un crucifijo —el mas sencillo; a veces una cruz sin figuras—, mientras que la "generación de los padres" entronizaba el Sagrado Corazón de Jesús. ¿Significa esto que la apremiante evidencia actual de la figura de Cristo en la cruz marca el fin de la época de devoción a su Corazón Sagrado? Al contrario: es su llegada a la plenitud, saliendo de la desgraciada época de la túnica rosa y las mejillas sonrosadas sobre la barba de confite; el trono de Jesús es la cruz, y allí se abrió su corazón, roto por la lanza. Precisamente San Juan, el discípulo querido que, reclinado en el pecho de Jesús, oyo sus latidos, es quien nos cuenta el episodio de la lanza: "le rasgó el costado, y salió entonces sangre y agua." Y se subraya: "Y el que lo vió ha dado testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad para que vosotros creáis también.".

MAS "SIGNO" QUE "FIGURA"

Se podría pensar que la imag- de Cristo crucificado cuenta tanto gracias a que es mas "signo" tormento que visión de un determinado cuerpo de hombre. No hay que rechazar tal idea: el mensaje de Dios no deja nunca de habitar entre nosotros y sabe amoldarse humildemente a la mentalidad de cada época.

Pero esto habría que entenderlo también por su lado positivo: en cuanto pone al centro el misterio del dolor, como amargo trago que comparten Dios y el hombre; que Dios no habría probado si no se hubiera hecho hombre, y que para el hombre es lo único que le confiere una inesperada dignidad, "casi" un merecimiento para poder ser un interlocutor de Dios, "casi" reclamando su bajada para el rescate. Sí, ya sabemos que Dios no le debe nada al hombre y que, una vez perdida la gracia, no habría razones para que la libertad de Dios no tuviese que decidir a mejorar la suerte humana, y mucho menos a hacerse hombre. Pero el hombre siempre ha sentido que había



un punto donde su voz podías "clamar al cielo": en el dolor inocente. Cuando un niño sufre, o cuando a nosotros mismos nos sorprende una desgracia que no tiene que ver con nuestras impurezas, sentimos, desde una nueva dignidad purificadora, que el hombre siempre ha tenido motivo para esperar; eso no podía quedarse así.

Aun la misma raíz de toda fe religiosa tiene en el dolor su más vivo alimento: todos los argumentos filosóficos para la creencia cuentan menos para la mente actual que esta simple idea que he visto no sé donde: "Dios existe; porque, si no, ¿dónde iría a parar tanto dolo que más nos convence de que Dios se había hecho hombre en Jesús es que éste sufrió para morir. (Luego, libre del dolor tras la resurrección, son otras las pruebas evidentes de su humildad: "Toca mis manos y mis pies" dice Jesús; pero lo que aduce San Pedro en su predicación es: "Comió y bebió delante de nosotros." (Hechos, 10,41)

En el dolor, el hombre es "colaborador de Dios". En nuestros días se nos dice mucho, providencialmente, que el hombre, con su trabajo colabora en la creación divina, que quedó abierta e incompleta en espera de la mano humana. Pero para el cristiano importa aún más la colaboración con Dios en el dolor, que la realiza en Jesucristo: en el dolor crítico, sangriento, o en el dolor manso, continuo, de percibir la limitación de la vida; en hastío y miedo a la muerte, aun en pleno bienestar material.

Jesucristo hizo entrar a otros hombres en su muerte: el Cireneo, que, sin entender palabra, le llevó la viga de la Cruz; los ladrones, que, de paso, por aprovechar la ocasión, fueron ejecutados a su lado (y el buen ladrón, como magnífico intruso, se mete en la agonía, sin dejarle morir en paz casi hasta el mismo final). Pero lo más impresionante para el hombre actual en la crucifixión de Jesús no es el desgarramiento, el estertor, sino su lado social: Su normalidad administrativa, jurídica, técnica. Murió "con todas las de la ley", con el visto bueno del gobernador, según los procedimientos reglamentarios; con el expediente a la vista de todos ("Jesús el Nazareno, el Rey de los judíos"). Igual que han muerto tantos millones de hombres, mujeres y niños en nuestros días: clasificados, anotados, asesinados con todo orden, en serie, en limpias fábricas de cadáveres, en trámite para la "resolución del problema judio o para la "defensa de la seguridad del Estado". El Imperio romano ofreció a Jesús una muerte al estilo de nuestro medio siglo XX.

MURIO SOLO

Pero en el último instante, El lo dejó atrás todo lo del mundo y murio solo. San Mateo y San Marcos recogen de su boca unas palabras del Salmo 22: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? San Lucas recoge otras del Salmo 31: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Dos frases que se complementan: el abismo del aislamiento en el hombre, encarcelado en el mundo y el pecado, y, por otra parte, el descanso en el Padre, fondo de ese abismo y compañía de esa soledad.

Pero lo que se ve desde fuera —y esto lo comprende el hombre actual mejor que ningún otro hombre anterior— es sólo fracaso, hundimiento, desaparición. Para los discípulos todo había terminado. No había ya nada que aguardar. Fué una sorpresa la resurrección, con la posterior irrupción del Espíritu Santo, cayendo sobre judios y paganos para iluminarles.

En nuestro tiempo de publicidades y propagandas, cuando hemos llegado a dudar de que sigan siendo útiles las palabras humanas, volvemos los ojos como nunca a esa lección del aparente fracaso de Jesucristo. Si hubiéramos de elegir un "santo de actualidad" tendría que ser Carlos de Foucauld, el que murió en silencio, en el desierto, sin convertir a nadie, sin fundar nada; pero cuya semilla está fructificando ahora con una riqueza que no es posible medir con la vista. Ha habido una época larga de la Historia en que la Iglesia pudo valerse decisivamente de ciertos medios humanos para su avance: de la cultura, de la civilización, de los poderes de la sociedad. Pero esos "vínculos" —según la expresión de Urs von Balthazar— se han vuelto ambiguos para difundir a Jesucristo, llevándolo al alma de cada hombre. Su cruz se eleva cada vez más señera, más a trasmano de los caminos del mundo...

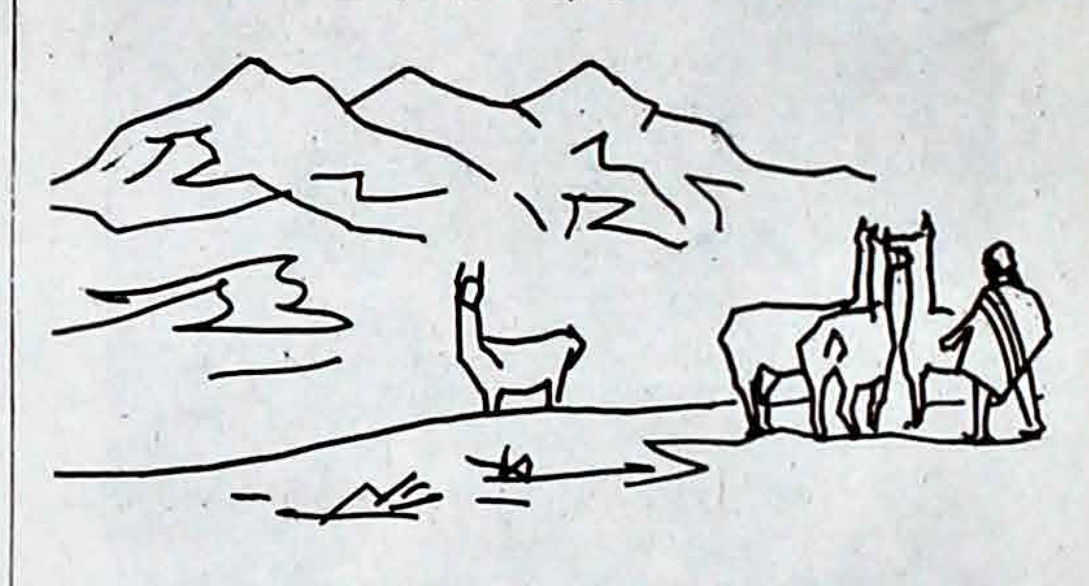
EL HOMBRE DE BOLIVIA

Es mi tierra, tierra de bellas montañas,
de gentes sencillas, y a veces hostiles:
si desencadenan las guerras civiles
recoge la Historia sus fieras hazañas.

Así el viento suave vúelvese violento,
y el agua tan mansa los campos asola:
así el boliviano por su lar se inmola,
y da a los tiranos castigo cruento.

Mas si no hay motivo de mostrarse altivo,
en sanas faenas sus horas invierte:
como sus montañas es sereno y fuerte,
como elles lejano, grave, pensativo.

Raúl Jaimes Freyre.





Director: JUAN QUIROS

La Paz, Bolivia, Domingo 18 de Abril de 1965

LA IGLESIA DE SICA-SICA

Por
JOSE DE MESA y TERESA GISBERT

No se sabe exactamente cuando se hizo la fundación española del pueblo de Sicasica y si ésta tuvo lugar con las formalidades del caso. El hecho es que el pueblo comenzó a cobrar importancia poco antes de 1597 a raíz del descubrimiento de unas minas de plata en las cercanías. La Crónica Anónima de Compañia de Jesús nos dice: "El pueblo de Sicasica, pueblo de indios pero poblado de españoles por razón de las minas de plata, que pocos años ha allí se descubrieron..." (2). A fines del siglo XVI acudían a él cantidad de aventureros, siendo mucha la afluencia de gente y grandísimo el desorden que reinaba.

La noticia más antigua respecto a la iglesia de Sicasica la encontramos también en la crónica anónima que se publicó bajo el título de "Historia General de la Compañia de Jesús en la provincia del Perú". Allí se nos dice que en el año de 1597 había una iglesia en este pueblo, que era de reciente fundación. Al parecer ninguna orden religiosa había asentado allí hasta esta fecha. Era tal su abandono espiritual, que en 1598, al pasar por Sicasica dos jesuítas que iban a predicar a Cochabamba, se quedaron allí unos días a misionar (3).

No es posible decir con certeza si la iglesia actual es la que refiere la cronica, pero esto es lo más probable, ya que el templo existente es renacentista tanto por su disposición como por su estructura. La fecha de 1597 tampoco es muy temprana, pues los templos franciscanos de los Pacajes: Caquiaviri, Caquingora, etc. hay que fecharlos hacia 1560-70 (4). La iglesia de Sicasica es del siglo XVI a excepción de sus portadas, torres, el crucero y el artesonado del presbiterio que son del siglo XVIII, en su estructura y responde plenamente a lo que ha venido llamándose renacentista en el Collao. Este estilo cubre los años que van de 1560 y 1620.

La iglesia de Sicasica es espaciosa, de una sola nave con presbiterio ochabado. Toda ella está construída de adobe y rodeada de contrafuertes. La nave está dispuesta paralelamente a la plaza, como la de Chucuito y otras iglesias de este período. Hasta hace un par de años sus fachadas daban a esta especie de patio rodeado de casas particulares, resabio de un antiguo atrio. La portada de este atrio aún comunica con la plaza. Muy acertadamente se han demolido las construcciones que estaban frente a la portada principal del templo y las del lado del evangelio, quedando la iglesia excenta con una hermosa vista y a la vera del camino La Paz - Oruro.



Iglesia de Sica-sica, vista general.

Las dos portadas están firmadas y fechadas. El nombre de los autores puede leerse en las piedras que res puede leerse en las piedras que están empotradas cerca de la portada lateral. Una de las leyendas dice: "Diego Choque, AN 1725, en la otra se lee: "Malco (o Marco) Maita". La portada lateral es un interesante ejemplo de arquitectura mestiza, pero la principal es muy superior. Ambas muestran ser obra de una misma mano o manos, lo que se confirma gracias a que en esta segunda también está firmada. Flanqueando el hastial de la portada y junto a las torres hay dos extrañas gárgolas con rostros semihumanos. A uno y otro lado del cuello se lee: "Diego Choque" y "Malco - M....." Se trata sin duda de los dos canteros que tallaron y proyectaron las portadas.

No es este el primer caso de artesanos indios que firman una portada, conocida es la firma de Simón de Asto en la Catedral de Puno. Nosotros hemos publicado recientemente otro caso de Yarvicolla. En las vases de las columnas están las firmas de los canteros: "Apaza", Mamani y un tal Manuel. Las leyendas que acompañan a estos nombres explican: Obra de Mamani, otra de Manuel,.. etc. (5). Siendo tan pocos los autores de portadas conocidos es de sumo interés publicar a Diego Choque y Malco Maita, mas por el hecho de conocer la fecha exacta en que trabajaron. Con este descubrimiento se confirma la reoría de que los autores de ma la teoría de que los autores de las interesantes portadas mestizas son indios. Tenemos el caso de Sebastian de la Cruz en Potosí que trabaja en la portada y torre de la Compañía (1700 - 1707), (6) a sus hermanos, cuatro indios apellidados Arenas que colaboraron con él y luego hicieron la portada del templo de San Francisco de Potosí (1714-26) (7). Apaza y Mamani en Yarvicolla, nombres ambos de indígenas aimaras, y finalmente a Diego Choque y Malco Maita que también son aimaras.



Iglesia de Sica-sica, detalle de la portada principal.

La portada de Sicasica como todas las del Collao, es monumental y tiene la forma de un gran retablo que consta de tres calles y tres cuerpos Su talla es de escasísimo relieve, con bordes no muy vivos si la comparamos con la cantería de San Francisco de La Paz. Las columnas descansan en un doble pedestal, el inferior decorado con una cuadrifolia y el superior con una cabeza que ostenta cinco plumas sobre la frente. La Disposición de estas cabezas es semejante a las de San Francisco de La Paz y las de Santiago de Pomata. Pero Sicasica tiene sobre estos dos templos la ventaja de la fecha: 1725, en tanto que la portada de San Francisco es de 1772 y la de Pomata de 1763. Esto nos permite suponer mientras no se encuentre nada nuevo, que Choque y Maita son los introductores de los pedestales decorados con cabezas, motivo tan caro al estilo mestizo del Collaro. Sicasica es uno de los pocos ejemplos que presenta rostros humanos. En San Francisco nos encontramos con unos monstruos de labio leporino, con cuernos. En una portada interior de una casa del siglo XVIII, en la ciudad de La Paz, hay un motivo similar en el dado de las columnas: es un rostro humano con orejas de puma que también tiene labio leporino. Hay casos similares en las iglesias de Huarina e Italaque ambos ejemplos sumamente tardíos, con respecto a los reseñados. (8) Estos monstruos como base de las columnas, es una de las características más notables de la arquitectura "mestiza". Es un motivo que se puede atribuír a influencia indígena y tal vez a herencia prehispánica. El antecedente más antiguo de estos rostros lo hallamos en Tiahuanaco, iglesia que se concluyó (inclusive sus portadas) el año de 1612 (9). Pertenece al período que hemos dado en llamar renacimiento.

Lo mas curioso de todo el conjunto de Sicasica son las gárgolas donde han firmado los autores. No hay nada similar excepto en las casas arequipeñas. Su antecedente debemos buscarlo nuevamente en la iglesia de Tiahuanaco que decora sus cornisas con 28 cabezas de puma que no parecen provenir de las ruinas preincas (10) pero que responden a una franca inspiración prehispánica.

En la portada principal se han encontrado restos de policromía. Hay sobre la piedra algo de pintura roja. En las paredes que avanzan sobre la portada lateral hay dos relieves cuadrados de aproximadamente 80 cm. de lado con escenas que por su estilo tienen fuerte sabor medieval. Al lado izquierdo un hombre caza a un jabalí. Al lado derecho este mismo personaje abre las fauces de un león con ambos brazos mientras está montado sobre la fiera. Ambos relieves están tomados de una serie grabada, con la representación de las hazañas de Hércules. Las dos escenas elegidas son la caza del jabalí de Erimanto y la muerte del león de Nemea. Angulo Iñiguez estudia la importancia de Hércules en el arte del renacimiento español (11), pero nada relativo se había encontrado en América a excepción de los murales de la casa de Juan de Vargas en Tunja (Colombia) donde está representado Hércules (12). Por esto resultan tan extraños los relieves de Sica-Sica, con sus temas grecoromanos. Los relieves son muy arcaicos y no parecen obra del siglo XVIII. Tal vez pertenecieron a la antigua portada renacentista y cuando ésta se destruyó ambos fueron utilizados para decorar los machones que avanzan sobre la portada lateral.

En el siglo XVIII también se han hecho algunos aumentos en el interior de la iglesia. Se la ha dotado de crucero, cubriéndolo con una cúpula de planta ovalada que parece parte de un malogrado proyecto. También se debe al siglo XVIII el artesonado que cubre el presbiterio.

La riqueza interior de esta iglesia es también apreciable. Cuenta con hermoso frontal de plata, púlpito y varios retablos barrocos, dorados y policromados todo obra de siglo XVIII. Entre las estatuas de bulto hay una firmada por el sevillano Gaspar de la Cueva, el maestro de azarosa vida, que vino a Charcas desde Lima perseguido por su mala fortuna. Asentó en Potosí con todos los honores, ciudad donde terminó sus días. (13).

Por todo lo expuesto Sica-Sica es uno de los ejemplos más interesantes y más tempranos de arquitectura mestiza. La policromía, el uso de gárgolas, las cabezas tenantes, etc. son de lo más característico. Pertenece a las iglesias del Collao, su cercanía al depar-

PASA A LA PAG. 4



Iglesia de Sica-sica. Detalle de la Portada lateral.

CUATRO SONETOS INEDITOS
DE LUCIO DIEZ DE MEDINA

AYER

MIRO a mi pueblo heroico, desangrado,
y con pavor! sus ilusiones yertas;
corre la sangre aún, por sus abiertas
heridas· En un tránsito exaltado.

Sus norte y sus destinos ha buscado
luchando audaz; pero las horas muertas
sólo le han dado lágrimas abiertas
para alumbrar su afán crucificado.

Qué ha valido tu heráldica sublime
que nadie no comprende, ni redime?
qué han valido tus magnos episodios?

En esta hora tremenda y tormentosa,
sólo vé en tí la América dichosa
al nuevo Prometeo de los odios!

HOY

León feliz que saltas del abismo
destrozando las viejas barricadas,
y con tu sangre en rojas lumbraradas
escribes el mar épico heroísmo.

Arbitro de valor y patriotismo
sabes trocar tus noches desoladas,
en esas milagrosas alboradas
que no del cielo: brotan de ti mismo.

Sólo tú te reclinas de los odios
y el mundo entre apoteosis de victoria
vive tus asombrosos episodios,

En tí toma la América en ejemplo
Bolivia, paladión de nuevas glorias:
República y acrópolis y templo.

PATRIA

AMOR para la Patria luminosa,
amor que canta, amor maravillado,
espíritu feliz transfigurado
para toda criatura y toda cosa.

La selva y la montaña portentosa
tu océano cautivo y alejado,
tus ríos, tu altipampa y el amado
Titicaca en su cuenca azul y rosa.

Toda tú Patria mía relumbrante
en un sueño de eterna primavera,
cuando en tu cielo límpido y vibrante.

Materialización de una quimera
vemos unidos en un rapto amante
en un iris de gloria tu bandera.

FRANZ TAMAYO

SOLEDAD y silencio. Cristaliza
la montaña una lílea arquitectura,
y el poeta, gemelo de la altura,
su propia pesadumbre diafaniza.

Lo ve la luz en la celeste liza
con ese rasgo que la dicha augura,
y aunque el dolor lo anega en amargura
su heroica exaltación se sublimiza.

Por eso en el azul cantan sus rastros,
y la altipampa en éxtasis sonoro
puntúa sus floridos alabastros.

Reflejo de su múltiple decoro:
-tal en su versp tachonado en astros-
levanta el Illimani cumbres de oro!

MIGUEL Y EL VIENTO NEGRO

Por
ENRIQUE KEMPFF MERCADO



E. KEMPPF MERCADO

ESTE era un pueblo alegre de calles tristes. La gente siempre tenía un aire festivo y satisfecho. La satisfacción debía venirle de muy adentro, quién sabe de dónde, pues no había razón aparente para que la tuviesen: había escasez de agua y escasez de alimentos: cosa rutinaria. Eso sí que tembién tenían recuerdos de épocas mejores y esperanzas de un nuevo esplendor. Tal vez en eso radicaba el secreto. No se vivía el hoy, sino el ayer y el mañana. Las calles eran irremediablemente tristes. Tenían ese tipo de tristeza que infunden las calles de un pueblo al que se vuelve después de diez años de ausencia. Sólo que aquí no era necesario ausentarse. Así eran las calles todos los días, para el pasajero o para la gente del lugar.

En ese pueblo nació Miguel Toledio, de buena cuna, con fama de loco y de poeta. Loco no era; poeta sí, aunque malo. ¿O sería loco? Mguel Toledo ya no vivía en el pueblo. Le espantaban las calles. El fue el primero en descubrir que las calles eran tristes y lo anduvo repitiendo por todas partes. La gente convino con él pero se aprovechó para tildarlo de loco. Al final tuvo que huir del pueblo, por haber descubierto una verdad, como ha ocurrido tantas veces. No, no era eso todo, sin embargo. Habían otras cosas.

¡A lo que llegó Miguel, pobre Miguel! Ahora andaba por los campos, sin un céntimo en el bolsillo, de granja en granja y de predio en predio. Pero no se crea que pedía limosna. La ruina fue grande en su vida, y perdió en ella toda su hacienda y parte de su cordura, pero mantuvo siempre un estoico sentido de la dignidad. Cómo no iba a tenerlo, si había plazas y monumentos y calles tristes de su pueblo que ostentaban nombres de sus antepasados. Toledos por aquí y Toledos por allá: héroes y filántropos, y hasta un santo entre ellos.

En el campo había bonanza. Fincas agrícolas y haciendas ganaderas se desparramaban florecientes en la cálida llanura provincial. Miguel, frisando ya los cincuenta años, con el pequeño lío de sus bártulos al hombro y ligeramente encorvado, se lanzaba a la aventura sin riesgo de visitar a los hacendados de la región. Caminaba muchas leguas bajo el sol, con la cabeza descubierta. Alto, enjuto, la barba crecida y entrecana, las facciones delicadas y pálidas, era viva imagen de su propio desmoronamiento aristocrático. Le faltaban suelas a los zapatos, dientes a la boca, tornillos al seso. Inclusive despedía, un ligero mal olor.

-Buenas tardes, don Miguel. Pase adelante.

-Bienvenido, don Miguel. Esta es su casa.

Era bien recibido en todas partes. Para los hidalgos campesinos de la región, no dejaba de ser un privilegio mezclado de lástima, acoger a Miguel Toledo.

-¿Una tacita de café, don Miguel?

-Papel y lápiz, por favor -respondía Miguel invariablemente. Era todo lo que pedía. Después llegaban, de por sí, el café y la comida y el cuarto de huéspedes. Se quedaba alojado varios días, a veces varias semanas, sin cambiar palabra con los dueños de casa, encerrado en su aposento, escribiendo. Allí permanecía solo, y si alguna vez salía, era únicamente para pedir más recado de escribir. Comía, trabajaba y dormía entre las cuatro paredes. Mozas y muchachos traviesos atisbaban horas enteras al loco. Hasta que se iban aburridos, porque el loco no hacía locuras; sólo escribía o medidata.

-¡Papel y lápiz!

Desenvolvía una vieja manta en que guardaba, cuidadosamente ordenado, el grueso legajo de sus manuscritos. Era el libro inédito que había ido creciendo, de granja en granja, durante una docena de años. En la portada se leía: Filosofía, pensamientos, poemas. En cada una de sus estaciones Miguel Toledo agregaba una páginas. Algunos de sus anfitriones, creyendo hacerle bien, apartarlo de esos peligrosos papeles que le sorbían el seso, le propusieron hacer algún trabajo fácil, al aire lebre. Con un indignado silencio, Miguel rechazaba la propuesta. Los Toledo sólo podían ser grandes hombres o figuras decorativas. No regresaba a casa de los mercaderes que pretendían darle un trabajo manual.

Miguel sentía la llamada del camino, y sin decir nada a nadie, cualquier día liaba sus trastos y partía con el atadijo al hombro, hacia otra finca. A veces manifestaba su gratitud por el hospedaje, dejando al dueño de casa un poema con recomendaciones para su custodia, como quien deja un hijo. Los rústicos granjeros se quedaban mirando, intrigados, la hoja escrita como si fuera un hechizo, y luego la dejaban por ahí, como quien deja un hijastro. Eran poemas ininteligibles. No sólo que no se entendía el contenido; tampoco la letra nerviosa y enrevesada.

A veces en un minuto se decide el destino de un hombre. El destino de Miguel se decidió en una tarde calurosa y larga. Fue durante una visita a don Joaquín Montoya, un vecino de la comarca, pariente remoto de Miguel. Don Joaquín era de esos agricultores progresistas, practicaba el injerto en las plantas y el cruzamiento en los animales. "Cruzar es civilizar", era su divisa. Pero don Joaquín no era nada civilizado según la tabla de valores éticos y estéticos que aplicaba Miguel. Era un simple amasador de dinero, un hombre horriblemente práctico. Como era pariente, Miguel a veces se dignaba charlar con él. Cierta vez, después de gustar varias copas y de haber tratado inútilmente de hacerle comprender la belleza de la poesía, Miguel le dijo, exaltado: "Seguramente comprenderás la poesía si en ella hay un tema a tu alcance. ¡Dame un tema, cualquietema, y te lo volveré canción!" "Cómo no -reluso con sorna el primo-, hazme una poesía sobre la inseminación artificial". Miguel encontró la broma de un gusto más que dudoso, aunque digno del pariente. Y sólo por ser pariente no rompió con él.

Todo ocurrió del modo más sencillo. Don Joaquín vivía solitario en la casona solariega, y esa tarde tuvo que salir al campo con sus peones para hacer un rodeo de ganado montaraz. Miguel se quedó solo y la criada le sirvió café en el comedor, y luego se fue a prepararle la habitación de costumbre. Nada presagiaba un cambio. El sopor de la siesta volvía más lenta y la actividad rutinaria de la hacienda, y el zumbido de las abejas se cernía en los aposentos como un viento antiguo.

Miguel tomó asiento a la mesa del comedor y empezó a endulzar el café. De pronto tuvo un sobresalto. Su imagen se reflejaba en un espejo de cuerpo entero que colgaba de la pared. Ya no tuvo ojos sino para mirarse. El reflejo de su lastimosa figura empezó a darle respuestas a muchas de sus preguntas. ¿Cuándo se había visto en un espejo por última vez? Verse en un espejo es entablar un diálogo. Miguel sintió de pronto una irracional timidez y apartó la

blorosa a endulzar el café. Tintineó la taza. El espejo ya no era únicamente espacio, sino tiempo. Empezó a reflejar el pasado. Miguel lo sabía. El tiempo olvidado se introdujo como un reptil de matemática moderna en el espacio enmarcado contra la pared. Ya no había remedio. Alzó los ojos y se

LA IMAGEN.- Hacía tiempo que

PASA A LA PAG. 4

HECTOR ORMACHEA ZALLES ACADEMICO DE LA HISTORIA

Por
PORFIRIO DIAZ MACHICAO



A Dios gracias. La Academia Boliviana de la Historia me ha dado el privilegio de abrir hoy sus puertas y dar hospedaje de gloria y perennidad a uno de los hombres más interesantes, nacido en las faldas del Illimani: don Héctor Ormachea Zalles.

Recién llegado está y ya lo habéis oído. En su equipaje trajo unas importantes vestiduras del espíritu que servirán luego para darle salida por esos campos de la gloria que es aspiración y premio de todos los grandes peregrinos. El ha dado, en la serena entonación de su voz, la referencia de difíciles viajes, la tónica mayor de su formación y de su responsabilidad.

Por ello es que, dentro del concepto de la extraversión, habló en primera persona. Lógicamente: porque no es la última.

Comprendo a Ormachea. Yo mismo puse en el lema de mi autobiografía esta frase de Pedro Salinas: -"No hay hechura del hombre que no provenga de su propia vida".

Aquí está, pues, una vida y su hechura.

Luego, recuerdo mis propias frases en "La Bestia Emocionla": -"No tengo ahora más argumento original que mi propia vida".

Ese es pues el encanto de este discurso de Ormachea Zalles. Un mirar hacia atrás, midiendo el camino recorrido, y un saber que no hubo otra brújula que esa máquina de amor que es el corazón.

Cuando se oye en ese relato prócer la cita de muchos nombres que son también Historia, parece que la lira fuera pulsada desde el lejano misterio de la muerte.

Y la Historia es, en mucho, Muerte que no yace. Y el historiador un amigo de ella a quien le exige el testimonio de la vida. Hacer Historia es tarea de no dejar morir la circunstancia humana. Es tarea de recuerdo y de recuento, especialmente para la Academia, cuando se pone frente a la vida de Bolivia. Y le dice a la propia Muerte: -Háblame de tu vida.

Entonces, en el remanso del curso azul, surgen estas palabras:

-Nosotros somos jóvenes, muy jóvenes. Apenas si ayer nomás fracturamos el cordon umbilical con aymaras y quechuas para vivir el milagro indohispano. Pero sobre unas espaldas jóvenes cargamos el peso de dolores intensos. Dolores de formación, de inconformidad, de violencia. Acaso cuando seamos viejos gocemos de la serenidad que da la vejez y la experiencia.

Ese día de reflexión, el hombre se puso delante del destino de su ciudad y vio sobre ella el punto mágico de su más en-

Ese día de reflexión, el hombre se puso delante del destino de su ciudad y vio sobre ella el punto mágico de su más encumbrada esperanza.

Una extensión corta sobre una barranca y el río que todo lo socava, el río que vio cruzar sobre sus piedras la pisada anhelante y fugitiva de Tupac Catari, el río que sintió que le hincaban dedos de codicia en su entraña arenosa buscando oro, el río que suspiró siglos en espera de verse poseído por la ferrea musculatura de los puentes. Ese río, que esperó casi en vano, vio levantarse el monumento de la Universidad.

Todos los grandes hombres se forman asidos a la esperanza que es una fuerza que insurge cuando el futuro deja de ser un claro anuncio. Los bolivianos hemos vivido en una fluctuación de silencio y esperanza, que es como si dijéramos el diálogo de las montañas con el cielo. Empero, hay muchos modos de espera y, entre ellos, la espera impaciente de la conciencia es la que se comporta mejor. Esta sabe esperar sus bienes preparándoles un hogar en la tierra y en el corazón. Cuando el hombre se pregunta si es la cultura lo que esperan los otros, sabe, de antemano, que la cultura necesita de un alero para aposentar sus designios. Así pensó este Académico cuando quiso darle al pensamiento un hogar y levantó el imponente edificio de la Universidad.

Convengo que, en este punto, nace la historia de un hombre que, a su vez, hace Historia.

Santa Cruz, el Mariscal, votó la Ley de creación universitaria. Ormachea Zalles, la recogió en el regazo de la tierra paceña.

Este es, pues, un valimiento histórico para un individuo. Y ese individuo es el ex-Rector de la Universidad Mayor de San Andrés, creador de su hacienda y materializador de su ley. Fuerzas insospechadas empujaron su voluntad y, con el mágico recogimiento del silencio y de la esperanza, se puso a escribir proyectos jurídicos que luego autorizaron y firmaron, en forma de leyes, los gobernantes: Toro y Busch.

Después -por imperio de la fatalidad- la Universidad produjo también Historia como instrumento académico y como ente de una autarquía superior.

Se cumple con Ormachea la realidad de un postulado jurídico: la búsqueda del patrimonio al servicio de la función pública, hasta hacer de la Universidad un organismo autárquico institucional.

Y entonces el futuro es un claro anuncio, un porvenir previsible.

Es lógico. Si hay Universidad, hay Historia. La comprobación de este enunciado se encuentra fácilmente en la enumeración de los episodios de insurgencia, de resistencia y de ordenamiento de esta Universidad y de la Universidad toda de Bolivia.

Luego -en la hora desventurada de la violencia- le tocó a Bolivia sufrir una etapa de humillación y tiranía-. Se produjo el miedo grave y todo se sepultó en el temor. Y el silencio, que es hijo de aquel, vivió en su propia área que también era el silencio. En esas dimensiones quedó paralizada la interpretación de la buena siembra. Pero en el silencio creció el árbol, vale decir, la Universidad.

El hombre -como el árbol- también se hace grande y da frutos. La Universidad da ideas. ¡Por mucho que el silencio crezca en su redor!

Luego, se cumple otra ley de contrapeso respecto de toda obra humana: su gratuita denigración.

-Un monstruo de cemento...

Sí. Pero puede el cemento ser un testimonio. Porque es verdad que el espíritu puede inscribir su ley en el cemento. También con este criterio se dijo antaño:

-Las Tablas de la Ley...

Y cemento y madera son el papel recio para esa ley. Todo depende de que esos materiales se presten para eternizar el espíritu.

Entonces no cabe en esta tarde de congoja inexorable, sino la canción de una infinita realización académica. El pensamiento acrecentó sus valores y esos valores le dieron consistencia de fe irreductible a Bolivia. La Universidad es la patria.

Señores: a mi vida -acaso en injusto igualamiento y loca soberbia- le ha tocado un destino de dicción: acción de decir, como en Unamuno. Y hoy diré -en mi decir sin sombras- que en Ormachea Zalles hay una gallarda realizacibn institucional y una connotada conducta de Académico.

Aun sin discurso, él sería siempre el brillante Académico de Número de esta Alta Corporación de la Historia. Diré, igualmente, que ésta no es una bienvenida a quien por primera vez toca estas puertas, sino una ratificación al dueño de casa de la justicia inadvertida de su propiedad.

Héctor Ormachea Zalles -es mi mejor decir- fue siempre un viejo Académico. Acaso -dentro de lo espiritual- el simple inquilinato sea mío. Yo he escrito modestamente algunos libros de Historia que también son decires. En cambio, él, don Héctor Ormachea Zalles, cuatro veces Rector, ha hecho Historia.

Tiene pues -por derecho- la propiedad de su sillón académico.



PORFIRIO DIAZ MACHICAO

AMERICA PROFUNDA,

DE
RODOLFO KUSCH

Por
HUMBERTO
GUZMAN ARZE



BUSCAR la continuidad del pasado con el presente de nuestros pueblos, a través de una cultura que define y guía el sentido del pensamiento americano en pugna con los sistemas introducidos por la sociedad urbana, occidentalizada y burguesa, tal parece ser el contenido de esta obra calibrada por un permanente aliento de especulación mental.

En pos de una filosofía de la cultura americana, el autor del libro penetra en la dialéctica interna de Viracocha; escruta la forma de conciliación del hombre con el ámbito terrorífico donde se desencadena la cólera divina, y deduce de esta impresión la doctrina religiosa que profesó la clase conductora del Incario.

Luego, entra a describir las andanzas del demiurgo Tunupa y concluye con el estudio de los himnos religiosos quechuas que reflejan los distintos estadios que debe recorrer el creyente para alcanzar su identificación mística con Dios.

De los residuos arqueológicos y de las vivencias captadas en una laboriosa peregrinación por las rutas del indio. Rodolfo Kusch extrae los secretos y enseñanzas de Viracocha, no sólo con empeño de recopilación que pudiera concretarse en eruditas descripciones, sino con el fin de aplicar estas ideas religiosas al ámbito de la realidad viviente y al problemas de la comunidad indígena.

No se podrían comprender los mecanismos sociales de un pueblo de genuina raíz americana, si previamente no hiciéramos el análisis de sus creencias y de los espantos originales que sufre el indio ante la concepción cosmogónica del orden y del caos que rige el universo.



En oposición a la esencia de esta cultura, que se proyecta hacia las formas de la vida popular de nuestro continente, la segunda parte del libro se ocupa de la génesis y desarrollo del mundo urbano que trata de imponer una estructura distinta sobre la base de un concepto utilitario, regido por aquello que el escritor denomina "la magia racional de la técnica", que pretende suplantar el valor primigenio de las ideas de bien, alma, muerte y vida por aquellas otras evaluaciones económicas que concede al uso de los objetos nuestra sociedad materialista y mecanizada.

Así como predomina en la primera parte del libro un acusado aliento de especulación filosófica, en esta segunda parte campea la nota sociológica, apelando con mucha sagacidad a los conceptos de Hans Preyer, Mannheim, los Weber y otros tratadistas de la sociología de la cultura, para deducir el proceso de la humanidad, que actualmente está comprometida por dos tendencias: una que forma la gran historia, anónima y característica, de las masas asentadas sobre la primitiva cultura que se enraíza en el paisaje y en el viejo sustrato de la especie; y la otra tendencia que se inclina por la pequeña historia, asentada en la dinámica europea, que busca la materialidad del bienestar físico que fluye de la tecnocracia.

La permanente antinomia de una tendencia que representa lo individual y tenso frente a lo colectivo y distendido de la otra, como expresa literalmente el autor, se repite en la oposición social y política que se plantea entre los componentes internos de nuestros pueblos.

El afán burgués, material y mecanicista de los grupos minoritarios de filiación occidental no ha podido absorber a las grandes masas que mantienen el "mero estar" concebido en un orden cósmico que se equilibra con el caos.

Esta afirmación nos recuerda la teoría explicada en otros términos más accesibles por Luis Eduardo Valcárcel en la Ruta cultural del Perú, donde explica las razones que le asisten al indio para mantener una actitud hostil y contra-aculturativa hacia las ideas y patrones del europeo, cuyo equipo de cultura resulta foráneo para la realidad intrínseca de este continente.

Quien siga cuidadosamente la lectura del volumen, cuyo texto está nutrido de ideas originales, valoraciones y aun términos que pertenecen a una nomenclatura creada por el propio autor, podrá descubrir la tácita intención de la obra que quiere promover la inquietud y el debate.

Rodolfo Kusch concluye sosteniendo "que el destino de América es el de la vida de la comunidad y el de la reintegración de la especie". Palabras que invitan a la meditación y a la polémica de nuestros días, en un momento en que América trata de definir el sentido de su propia historia con verdadera responsabilidad social y amor a la cultura.

EL CUMPLEAÑOS DEL DOCTOR SCHWEITZER

Por DANIEL ROPS



EL día 14, Albert Schweitzer, Premio Nobel de la Paz, festejó sus noventa años de edad. En la blanca casa gabonesa donde continúa viviendo para los demás, se recibieron por centenares los telegramas de felicitación. El doctor Schweitzer, Lambaréné : este es un nombre que figura ya inscrito en la historia de nuestra era. Raramente se puede encontrar una gloria humana más justificada.

Con su bello rostro de barba espesa, marcado por el trabajo, sus pelos anárquicos, su bigote sólido, y su mirada de origen profundo que nadie que le ha visto una vez puede olvidar, es muy evidente que el doctor blanco de Lambaréné parece hecho para que la leyenda se apodere de él ya en vida. Es fácil imaginarle, testigo de la fraternidad humana, entregado desde hace más de medio siglo, en sus días y sus trabajos, a los más desgraciados de los hombres de esa tierra de Africa donde a los treinta años resolvió realizar su vocación. Incluso ocurre que, forzando un poco las cosas, los turiferarios hablan de él, de su obra, como si fueran los únicos, en el continente negro, que han demostrado una caridad plena y totalmente desinteresada. Contra esto se manifiesta el propio doctor Schweitzer, que sabe mejor que nadie que otros sacrificios han sido, y son todavía, más completos que el suyo, y admira entre otros a todos los misioneros anónimos que, leprosos entre los leprosos, se inmolan en la más oscura de las oblaciones. Esto no impide que dado el carácter de la experiencia de Albert Schweitzer, precisamente porque conserva una medida humana, porque en cierto sentido está próxima de nosotros, es digna de que surja en todos un sentimiento en el que el respeto y el afecto se unen a la admiración.

Lo que, en el caso de esta personalidad excepcional, suscita también en el espíritu de los que le consideran una atención más apasionada, es que la decisión que ha orientado para siempre su vida no fue debida al azar en manera alguna, ni ninguna necesidad práctica se la impuso, pero que procedió de razones interiores, que respondió al más profundo llamamiento que el hombre oye en su propio secreto, cuando Dios le habla y le invita a escucharle.

Recordemos al pequeño muchacho de Alsacia, educado en el hogar de un padre pastor luterano, exigente y benévolo al mismo tiempo, formado en las disciplinas de su religión, desarrollándose en la certidumbre de que la vida es cosa grave, de que el Señor en todo momento manda, y que sólo tiene sentido ordenada a causas que superen todo egoísmo. Adolescente, parece como si ante él los caminos de la vida se abrieran fácilmente. Está colmado de dones. Filósofo, teólogo, músico, conociendo varias lenguas, si decide seguir a su padre en la carrera pastoral, nadie duda de que lo hará brillantemente. Además, apenas salido del Seminario, le ofrecen cátedras, de enseñanza y ministerio, y tanto ante los auditorios universitarios como ante los de los templos logró triunfar.

Cuando tenía veinticinco años se le solicitaba ya en muchos lugares. No sólo para hablar sino para subir a los grandes órganos y hacerlos hablar como sólo él es capaz. Porque se reveló también como un músico extraordinario, un mago de los teclados, que toca como un enamorado las hileras de marfil, hace vibrar milagrosamente lengüetas y tubos. El anuncio de un concierto de órgano en el que toque Albert Schweitzer es suficiente para que acuda un enorme gentío. Y toda su vida ha sido, hasta hoy día, el ejecutante prestigiosos que de tiempo en tiempo da un recital si tiene necesidad de dinero para su gran obra, el comentador profundo de Jean-Sebastien Bach. Y también, porque hay en este hombre tan bueno un lado polémico que no se puede ignorar, el defensor belicoso de los viejos órganos contra los instrumentos de fábrica.

Y en este joven colmado, co-

Y en este joven colmado, comienza a manifestarse un drama. Se manifiesta en dos planos a la vez. El mismo ha relatado, én Ma vie et ma ponsée, cómo hacia sus veintiséis años, al despertarse una mañana en la luz maravillosa de su jardín de Alsacia, sufrió el el sentimiento desgarrador de una injusticia : había evocado para sí mismo a esas multitudes de miseria que, en Europa y en todas partes, hacen frecuentemente contrapeso con sus sufrimientos a la felicidad de los privilegiados. Sin. teniendo repentinamente vergüenza . y repugnancia por una existencia demasiado protegida, decidió entonces que cuando llegara a los treinta años cambiaría radicalmente de existencia y se consagraría totalmente al socorro de los grandes sufrimientos.

A esta razón proclamada oficialmente, se añadía otra más secreta. Una razón teologica, una razón de fe. Durante sus veintiséis años aparecieron firmadas por él dos obras eruditas. Se reeditó una de ellas, en lengua francesa, en 1961, con el título de Le secret historique de la vie de Jésus. Hay que decir que entonces, en 1901, estaba en pleno desarrollo una corriente que se llama el "protestantismo liberal", que no dejaba de parecerse a lo que los católicos llamaban el "modernismo". Con la diferencia de que los errores del modernismo, en el catolicismo, fueron contenidos rápidamente por la condenación de Pío X, mientras que en el protestantismo, donde la regla del libre examen permite a cada fiel interpretar las Escrituras a su manera, las posiciones más audaces son admisibles. Las tesis sostenidas por Albert Schweitzer, correspondía, de una manera general, a las del protestantismo liberal : sin entrar en el detalle de lo que él llama "la escatología consecuente",, se puede decir que llega a la conclusión, como consecuencia de un análisis de los Evangelios, que Jesús no se ha considerado nunca como el Mesías y a fortiori que nunca se atribuyó la calidad de Dios. Estas posiciones - que, claro está, un católico se niega a admitir -, aunque el joves pastor Scheritzer aceptó exponerlas en un escrito erudito, se negó a expresarlas ante honrados oyentes luterianos creyentes a los que se le pedía que, el domingo, les hiciera sermones tradicionales. ¿Y no fue ésta una segunda, más secreta, más determinante razón de su brusca elección?

Lo cierto es que una mañana de 1905, varios miembros de su familia, y algunos amigos y responsables de su iglesia recibieron de él cartas en las que anunciaba que renunciaba a la carrera de pastor y emprendía sus estudios de medicina, para partir, cuando hubiera obtenido el diploma, a Africa Negra. ¿Por qué Africa Negra? Porque había leído, en una revista misional protestante de París un artículo que le había impresionado mucho. Se trataba minuciosamente la cuestión de los horrores que desde hacía siglos habían cometido los blancos en Africa entre la raza negra. Partir para Africa, era reparar...

Lo que ha sido, desde hace medio siglo, la existencia del doctor Schweitzer en Lambaréné, se ha dicho en muchas ocasiones. Y en el fondo es muy simple. Partida con poco dinero, instalación difícil y problemas planteados por las relaciones con las poblaciones, con las autoridades locales, después, poco a poco, crecimiento de la obra, de año en años mas seguro de sus bases, al mismo tiempo que una corriente de curiosidad primero, después de admiración, a continuación de entusiasmo, aumentó y desfiló hacia la lejana colina, donde en medio de un equipo de hombres y mujeres de una abnegación admirable, Albert Schweitzer continúa sin descansar, día trás día, esa obra que atestigua juntamente a la vez una inmensa fraternidad humana y la caridad de Cristo en los actos. Habría que recordar muchos incidentes, el más notorio de los cuales fue - Gilbert Cesbron ha sacado de él un drama y un filme - el que provocó, en 1914, muy estúpidamente, la administración colonial francesa al detener al médico de Lambaréné, porque como alsaciano era súbdito alemán... Pero dejemos esto...

La gloria le ha llegado a Albert Schweitzer después de muchos años. Pero continúa viviendo únicamente para los otros. La última vez que el firmante de este artículo le vio, en noviembre de 1959, durante la larga entrevista que tuvimos, le oí insitir sobre dos grandes temas. El peligro atómico, que literalmente lo martirizaba el corazón, y el porvenir de la juventud, la de Francia, sí, pero también la de todos los países, la de todos los continentes, a las que este gran anciano expresa una voluntad de comprensión, una simpatía extraordinaria.

Miguel y el...

(Viene de la página 3)

no nos contemplábamos. Has envejecido.

MIGUEL.-...

LA IMAGEN.- ¿Te acuerdas de ese otro espejo en el comedor de tu casa en el pueblo? Era muy parecido a éste y tú no cesabas de mirarte.

MIGUEL.- Sí, me acuerdo. quedaba exactamente frente al asiento que ocupaba yo a la mesa. Siempre hubo algún espejo en mi vida. Me gustaba mirarme, mientras comía o hablaba o reflexionaba. Me encantaba mi imagen.

LA IMAGEN.- ¿Te gusto ahora?

MIGUEL.- Es diferente...

LA IMAGEN.- No hay para qué te compadezcas de ti mismo. Pero volvamos al comedor de antaño. Cuando te quedabas solo hacías visajes y podías contémplarte horas enteras, adoptando las más peregrinas actitudes de filósofo, de genio, de santo... ¡Cómo me hacías gracia!

MIGUEL.- No te burles ahora. Eso quedó en el pasado.

LA IMAGEN.- ¿Hay pasado, acaso? Basta dar vuelta la cara para ternerlo otra vez de presente. ¿Qué crees que soy?

MIGUEL.- Sí, el pasado.

LA IMAGEN.- ¡Te gustaba tanto contemplarte! Eran los primeros síntomas de transtorno... no te atrevías a salir a la calle.. preferías estar solo...

¿¿MIGUEL.- Las calles eran tristes y me gustaba la soledad. Me gusta.

LA IMAGEN.- Pero no estabas tan solo entonces. Siempre andaba por ahí tu madre, esa vieja tan falta de carácter como obesa, tan mentecata como bondadosa.

MIGUEL.- No permitiré que insultes a mi madre.

LA IMAGEN.- ¡Vaya, vaya! Sólo quería echarle a ella un poco de culpa por... tu estado. Te adulaba y mimaba. Por su causa nunca trabajaste ni llegaste a ser hombre. Te quedaste haciendo pinitos, esperando todo de ella, que en su amor maternal y su inefable simpleza te admiraba también. Pero no es justo responsabilizarla; que Dios la guarde.

MIGUEL.- Amén.

LA IMAGEN.- Sin embargo, en esa vida perdiste todo tu carácter, toda tu voluntad. Quizás nunca los tuviste.

MIGUEL.- ¿Tratas de insinuar que sin ellos no se puede vivir?

LA IMAGEN.- No, porque es inmoral.

MIGUEL.- ¿Es mía la culpa?

LA IMAGEN.- Y de tu madre, a medias. El carácter se forma también. Ni tú ni ella hicieron nada por formarlo. Todo lo que pudo ser en ti firmeza y energía moral se quedó colgado del espejo, como una telaraña.

MIGUEL.- Siempre el espejo.

LA IMAGEN.- Dijiste que siempre hubo un espejo en tu vida ¿Y el otro? ¿Te acuerdas del otro?

MIGUEL.- No.

LA IMAGEN.- Sí, te acuerdas. En el salón de Amalia, tu novia.

MIGUEL.- ¿Quieres martirizarme?

LA IMAGEN.- Sólo recordar. Tú y Amalia se sentaban en el sofá, frente al espejo. Te ibas a casar con ella. Amalia te adoraba y tú te dejabas querer. Hubiera sido unaa gran esposa.

MIGUEL.- A veces lloro al recordarla.

LA IMAGEN.- Como Boabdil. Ella pudo salvarte todavía, pero empezó a restregarse a menudo los ojos frente al espejo, hasta que una vez se quedó mirándose fijamente y empezó a gritar...

MIGUEL.- Todavía la oigo: "No puedo ver, no veo!"

LA IMAGEN.- Se quedó ciega y la abandonaste. Sin embargo eso satisfizo ciertas inclinaciones tuyas, mórbidas, oscuras, inconfesables. Tu cordura se quedó en el espejo. Y en las pupilas de Amalia.

MIGUEL.- Otro espejo me devuelve esa cordura.

LA IMAGEN.- ¿Cómo aquél q
vivió loco y...?

MIGUEL.- ¡Yo no me estoy mu
riendo!

LA IMAGEN.- ¡Qué amable e
la vida! Aunque sea como la hi
ya, con la razón en vilo.

MIGUEL.- Volvamos a mi his
toria. Después de Amalia traté d
rehacer mi vida.

LA IMAGEN.- Después vino e
derrumbe cotidiano, el casorio co
la mujerzuela, los seis hijos q
ahora viven de caridad en el a
lo que legó tu abuelo... Tú y
mujerzuela! Te sentías entonce
un nuevo Aretino, cantando al amo
erótico, y la mujerzuela acabó co
tu fortuna y tu virilidad.

MIGUEL.- Me quiso.

LA IMAGEN.- Hasta que te de
en la calle, y descubriste la tris
teza de las calles del pueblo.

MIGUEL.- ¿Y ahora?

LA IMAGEN.¡¡No,

LA IMAGEN.- ¡Ahora me voy.

MIGUEL.- ¡No, no puedes ir
porque eres mi propia imagen re
flejada en el espejo! ¡Ja, ja,
no puedes irte porque yo te
la vida!

Pero la imagen se fue. Mig
no podía creerlo. El espejo
reflejaba una naturaleza muer
la mesa, la taza de café, los
cochos. Saltó de la silla como
poseso y se puso a golpear el
pejo con los puños cerrados.
cándose:

-¡Mi alma, mi alma! ¿Dónde
mi alma? ¡Quiero que vuelva
alma! ¡Yo no estoy loco, no,
estoy loco!

Pero su alma había huido, de
mano del tiempo. Sus puños s
guieron golpeando el vidrio frí
hasta que el espejo se hizo triz
y cayeron los pedazos al suelo co
ruido de cuchillos afilados.

A los gritos acudió la criad
con papel y lápiz. No había nad
en la habitación. Un viento oscu
la hizo sobrecogerse en la tar
luminosa y calurosa.

Cuando llegó don Joaquín, al a
checer, le dijeron la noticia.

-¡Bah! -dijo éste-. Se habrá ido
bosque, a hacer versos.

-No -replicó la criada-, dio u
gritos y desapareció.

-¿Estás loca? ¿Crees que se
tragó la tierra?

En la penumbra, el espejo r
parecía un ojo abierto, una bo
ciega que se hubiese trabado a
guien.

Dos días después, don Joaq
andaba preocupado. Hizo buscar
Miguel con sus mozos, por to
partes; él mismo dirigió la b
queda sin ningún éxito. Inclusive ex
minaron los lugares en que los g
llinazos volaban en círculos, pe
solamente encontraron reses mu
tas.

-¿Qué habrá sido del pobre Mi
guel¿ - se preguntaba azorado.

-Yo vi un viento negro -insi
tía la criada-.

-¿Un viento negro? ¿En plen
tarde de sol? Estás loca.

Al cuarto día don Joaquín llam
a la criada:

-Papel y lápiz - ordenó. Y s
quedó reflexionando. ¿Habría sid
el fin del último Toledo? ¿Que
ría el santo? Decidió escribir u
carta al director del asilo don
se educaban los hijos de Migu
explicando la desaparición de és
y las circunstancias que mediaron

La criada se quedó mirándole co
la boca abierta. Para ella, el p
dido de papel y lápiz era un s
toma de locura. Don Joaquín
dio cuenta y le dijo:

-Estoy dando la noticia de la d
aparición de Miguel. Haz un e
voltorio con su ropa y sus pa
les para mandarlos al pueblo.

-¡No me animo, patrón, no m
animo! -exclamó la criada llen
de susto-. Me dan miedo los p
peles.

Don Joaquín había llegado a u
conclusión muy práctica sobre
asunto. La expresó en voz alta, c
mo si hablara consigo mismo:

-El pobre murió en el bosque
lo devoraron las fieras.

La criada se santiguó.

Miguel estaba en un bosque, n
el de la comarca, sino en un bo
que eterno, de árboles inmens
Sobre las altas copas soplaba, al
lante, un viento negro.

Exposición de FERNANDO CAPRILES

Por VICTOR RUIZ

EN la novísima galería "de Arte, Aretsanía y Folklore" NAIRA, de calle Sagárnaga 161, que muy pronto se constituirá seguramente en una de las principales de la ciudad, el joven pintor Fernando Capriles M. está exponiendo algunos de sus últimos cuadros, de tendencia "conceptual" como me decía Alfredo Flores el día del "vernissage".

Fernando no podía traicionar a su estirpe. Hijo del "Príncipe de los Poetas Bolivianos" Juan Capriles, recibió de él una riquísima herencia del espíritu hecha sangre de artista. Y nació el pintor, por una irrevocable vocación de esteta. Y ahí está él, con su paleta y sus pinceles, buscándose afanosamente frente a las telas en que expresa sus inquietudes y sus urgencias pictorográficas. No parece que se ha encontrado aún, pero ya lo logrará, porque se halla perfectamente dotado para ello y su juventud es el mejor aval que puede ofrecer para hacerlo.

Desde luego, se muestra como hábil colorista, seguro de su empaste y diestro en las gradaciones y contrastes. Sus lienzos son gratísimos de ver y aunque no se pueda compenetrar de inmediato en "su mensaje" o contenido intrínseco , atraen la mirada y la retienen deleitándose en su juego cromático. Hay algunos que parecen irradiar cierto extraño y atrayente policromismo, tal vez debido a la disposición de las luces de la galería y por la conformación en martillo de la misma. Expone 14 cuadros sin ninguna denominación y solamente enumerados por su colocación. De primera intención, se puede dividirlos en dos grupos casi claramente diferenciables: los azules (2, 4, 7, 10, 12), que formarían algo así como una "rapsodia en blue", y los ocres (3, 8, 9, 13), fuera de los combinados con ambos colores (1 y 11), y en todos los cuales, además, el pintor se explaya dando rienda suelta a su fantasía contrastándolos con otros colores y formas sugerentes. El 2 por ejemplo es casi multicolor sobre su fondo azul, mientras que el 7 se ahueca con un rojo intenso y vivo que parece el fuego interior de sus entrañas y se define el 10 en un efecto casi decorativo. El 11 delinea una vasija en rojo sobre fondo amarillo y el 13 figuras zoomorfas contrapuestas, que también se hallan en el 9 pero como con entrañas candentes y llameantes, rojo que se vuelve violento en las figuras delineadas en contraste del 6, en tanto que el 3 adquiere suavidades y tonalidades de plumas caprichosamente conformadas y. el 14, en tono menor gris piedra muy bien conseguido nos dá unas figuras -prehistóricas?- antropología y zoomorfa, junto a una vasija ocre, sobre fondo azul...Todo ello, por supuesto, como visto o entrevisto en el sueño vagarosamente. Por último, el 8 con sus formas rectangulares superpuestas parce abrir o cerrar sucesivas puertas y el 5 queda ahí, neto, magníficamente pintado, como demostración de la capacidad del autor para lo figurativo, con su vaso antiquísimo perfecto, que tienta a la mano para tomarlo y admirarlo. En suma, una de las más significativas exposiciones de los últimos tiempos.



Iglesia de Santiago de Pomata (Departamento de Puno, Perú). Detalle de la portada lateral.

LA IGLESIA DE...

(Viene de la pág. 2).

tamento de Oruro (a las antiguas provincias de Pacajes y Carangas) influye poco en su estilo, Sica-Sica es monumental como las iglesias del lago, y rebuscada como ellas en su decoración.

NOTAS

1.- Este trabajo resume un estudio nuestro anterior titulado LA ARQUITECTURA "MESTIZA" EN EL CHOQUE Y MALLCO MAITA. Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas, No. 15. Buenos Aires 1962.

2.- Anónimo. HISTORIA GENERAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS EN LA PROVINCIA DEL PERU. Edición preparada por F. Mateos S.J., MADRID 1944, tomo II, pag. 287.

3.- Ibidem.

4.- DE MESA, JOSE Y GISBERT, TERESA. IGLESIAS CON ATRIO Y POSAS EN BOLIVIA. Anales de la Academia Nacional de Ciencias cuaderno 1, La Paz, 1961. pags. 2 y 4.

5.- Ibidem pag. 13 y 16

6.- DE MESA, JOSE Y GISBERT, TERESA. NOTICIAS PARA LA HISTORIA DEL ARTE EN POTOSI. Anuario de Estudios Americanos, Sevilla 1951, tomo VII, pags. 480 y 481.

7.- Ibidem. pag. 478.

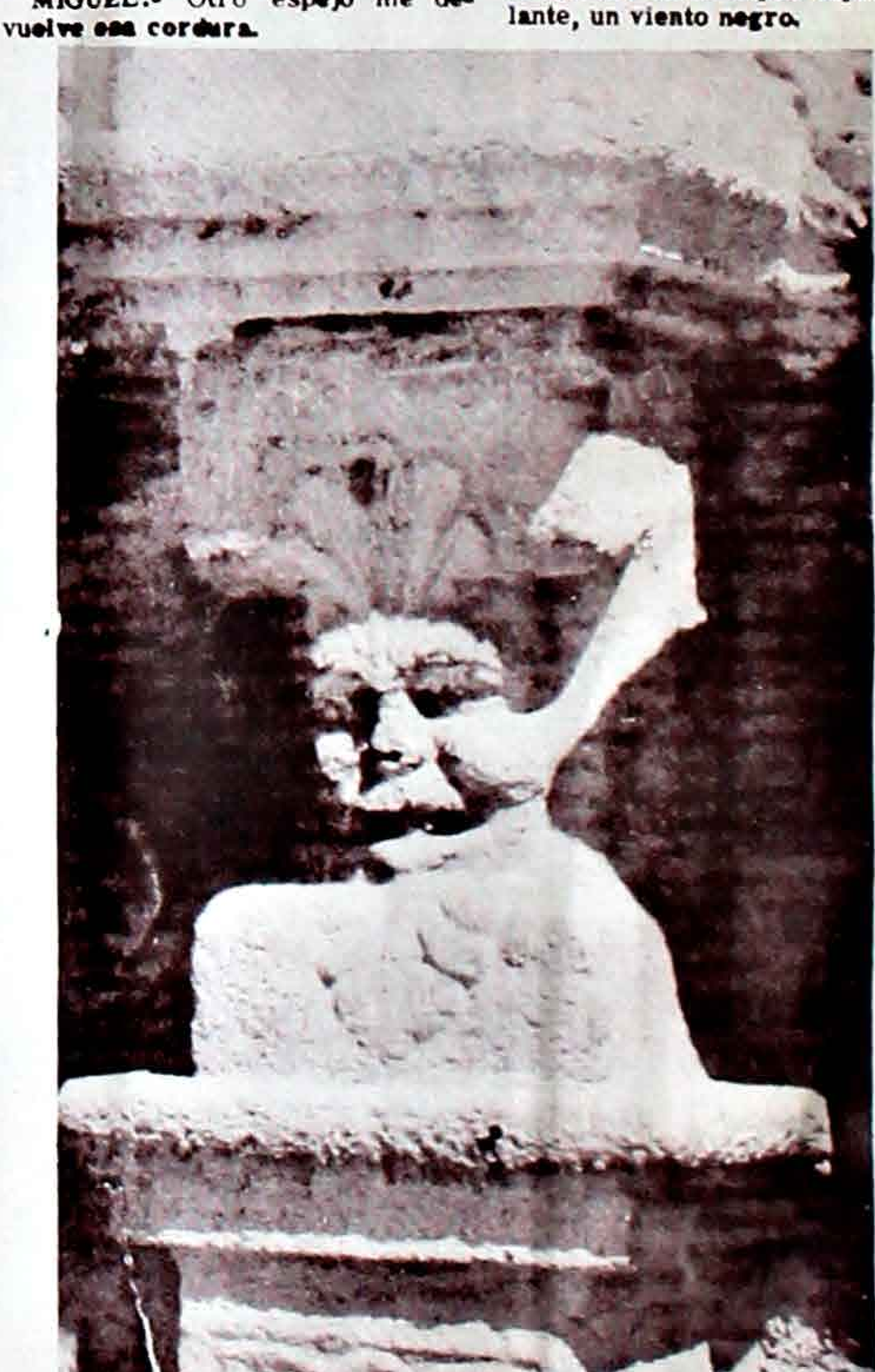
8.- La iglesia de Huarina de estilo "mestizo" está fechada en 1861. La de Italaque es anterior, tal vez pueda considerarse todavía dentro del período virreinal. El relevamiento de la portada de Italaque se ha publicado en LA ARQUITECTURA VIRREINAL EN BOLIVIA de WETHEY, H.E. pag. 82.

9.- COBO, BERNABE en su historia del Nuevo Mundo, Madrid 1956, tomo 11, pag. 197 dice: "Después que yo pasé la primera vez del año de mil seiscientos y diez por estos edificios, desenterraron... y más me contó (el cura Pedro del Castillo) que estando a su cargo la fábrica de la iglesia de aquel pueblo (Tiahuanaco), que se iba edificando mandó el artífice hacer dos bultos de piedra de San Pedro y San Pablo que hoy están colocados sobre la puerta principal de la Iglesia".

10.- En la iglesia los pumas que adornan la cornisa tienen el cuello del mismo diámetro de la cabeza, el grosor del cuello se debe a que es un caño que echa el agua por la boca del animal. Son verdaderas gárgolas hechas especialmente para la iglesia, pese a su estilo fuertemente prehistórico.

11.- ANGULO I. DIEGO. La Mitología y el arte español del renacimiento, Madrid 1952, pag. 65 y ss.

12.- SORIA S. MARTIN. LA PINTURA DEL SIGLO XVI EN SUDAMERICA. Buenos Aires, 1956, pags. 18 y 19 fig. 16. ANGULO IÑIGUEZ. op.cit. pag. 77, dice que Hernán Cortez tal vez poseyó un tapiz donde se representaba una de las hazañas de Hércules.



Iglesia de Sica-sica, basamento de las columnas que flanquean la puerta principal.